

CONVIRTIENDOSE EN CHICANO

Un estudiante norteamericano graduado, recuerda la poca importancia que le dio a su herencia hispano-mexicana y cómo luego dolorosamente redescubrió sus raíces de chicano.

por RICHARD RODRIGUEZ

Este artículo se adaptó de un trabajo presentado por el autor a un concurso literario sobre experiencias universitarias, patrocinado por el Instituto Wright en Berkeley, California.

Hoy sólo soy técnicamente la persona que antes me sentí ser —un mexicano-norteamericano, un chicano—. En parte porque no tuve manera de comprender mi identidad racial excepto en este sentido técnico, hace mucho que me desinteresé por las consecuencias culturales de ser un chicano.

El cambio vino gradualmente aunque temprano. Cuando yo empecé la primaria, me di cuenta de que el ambiente del salón de clase era tan diferente en sus estilos y suposiciones de mi propio ambiente familiar, que mi sobrevivencia dependía esencialmente de escoger entre los dos mundos. Cuando fui estudiante, fui literalmente “re-hecho”, ni yo ni mis maestros considerábamos nada de lo que yo antes conocía como válido. Tuve que olvidarme de casi todo lo que mi cultura me había dado, porque el recordarlo era una desventaja. El pasado y sus valores culturales llegaron a ser desechables, como una pieza de ropa que se siente pesada en un día caluroso y de la cual finalmente se deshace uno.

El descubrimiento de que yo no le había dado importancia a mi pasado cultural surgió extrañamente porque otras personas —compañeros estudiantes y profesores— empezaron a dar por sentado que yo era chicano. La facilidad con que la suposición fue asumida me obliga a sospechar que la clasificación no quiere sugerir una identidad cultural sino racial. Sin embargo, como estudiante graduado y futuro profesor, automáticamente se espera de mí una dirección intelectual *como miembro de una minoría racial*. Ultimamente, por ejemplo, oí al presidente de una sesión presentarme como “Richard Rodríguez, un intelectual

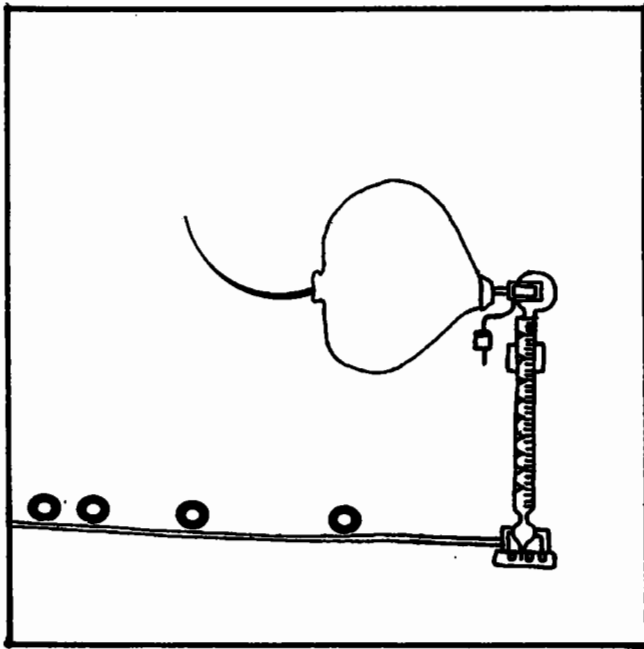
chicano”. Quise corregirlo porque me sentí culpable representando una tradición cultural no-académica que yo había abandonado voluntariamente. Sólo por eso puede adivinarse lo que hubiera significado haber conservado mi cultura al entrar al salón de clase, lo que significaría para mí ser hoy un intelectual chicano. (La combinación de estas dos palabras me emociona; durante años yo pensé que un chicano tenía que decidir entre ser lo uno o lo otro).

¿Acaso el hecho de que apenas hablara algo de inglés hasta los nueve años o que cuando niño yo sintiera una sensación de odio contra mí mismo cada vez que algún muchacho que pasaba enfrente de mí gritaba un insulto racial, o que yo viese mi piel oscurecerse cada verano, acaso cualquiera de estos hechos conforma las ideas que tengo o que pueda tener? Hoy sospecho que sí, en formas que no dudo de lo que el presidente que me presentó como un “intelectual chicano” quería decir. El estatuto peculiar de ser un “intelectual-chicano” me inquieta cuando pienso que yo he perdido por lo menos tanto como lo que he ganado a través de mi educación.

Recuerdo cuando, hace veinte años, dos monjas de mi escuela primaria visitaron la casa en donde yo me crié. Vinieron a sugerir —con más tacto de lo necesario, porque mis padres aceptaban incondicionalmente la autoridad de la Iglesia— que hiciéramos más esfuerzo por hablar el inglés en casa, siempre y cuando fuera posible. Las monjas se dieron cuenta que la vida de mis hermanos y la mía era solitaria, principalmente porque apenas nos era posible comprender el inglés en una

escuela en donde éramos los únicos estudiantes de habla española. Mis padres cumplieron lo mejor que pudieron. Heroicamente, dejaron de hablarnos en español —el idioma que formó tanto el sentido de intimidad de la familia en un mundo extraño— y empezaron a hablar un inglés a medias. En vez de sonidos españoles, empecé a oír sonidos nuevos, más fuertes, menos amigables. Lo más importante fue que me animaban a responder en inglés.

El cambio de idioma fue la indicación más obvia y dramática de que yo iba a parecerme mucho más al “gringo” —un término que se usaba más descriptiva que peyorativamente en mi casa— que a mis parientes de habla española que constituyeron la mayor parte de mi vida pre-primaria. Gradualmente, el español llegó a ser un sonido cargado sólo con un sentido sentimental, como el sonido del reloj de la recámara, que yo escuchaba en la casa de mi tía cuando pasaba ahí la noche. De la misma forma, el inglés vino a ser el idioma que yo no oía porque era el que usaba a diario, mientras me iba integrando a una sociedad nueva y más amplia. Pero la memoria del español persistía como un recuerdo de la sociedad que había dejado. Puedo recordar ocasiones en que entraba a un cuarto y mis padres se estaban hablando en español; al verme, cambiaban a su inglés más formalizado. El oírlos hablarme en inglés me molestaba. Los vínculos que antes aseguraban sus voces, se aflojaban con el nuevo idioma.



Esto no quiere decir que yo fuera *forzado* a olvidar mi pasado de chicano. Después de la torpeza inicial de la transición, yo me dedicaba, completa y voluntariamente, a la cultura del salón de clase. Lo que aprendía fue pronto tan antitético con relación a lo que mis padres conocían y hacían, que cuidaba la manera de hablar de mí mismo a la hora de comer. En ocasiones había momentos de crueldad infantil: la condescendencia del hijo enseñando a sus padres un punto “sencillo” de la pronunciación o la gramática inglesa.

Los científicos sociales muchas veces observan, acerca de situaciones como la mía, que los niños se sienten perdidos cuando se alejan de las identificaciones y modelos de su clase. Ciertamente, mis experiencias son iguales a las de otras personas —sea cual sea su raza—. Como otras generaciones de, digamos, niños polaco-americanos o irlandés-americanos regresando a sus casas del colegio, yo conocí el silencio que sigue inmediatamente después del rápido intercambio de noticias, así como la disminución de intereses comunes.

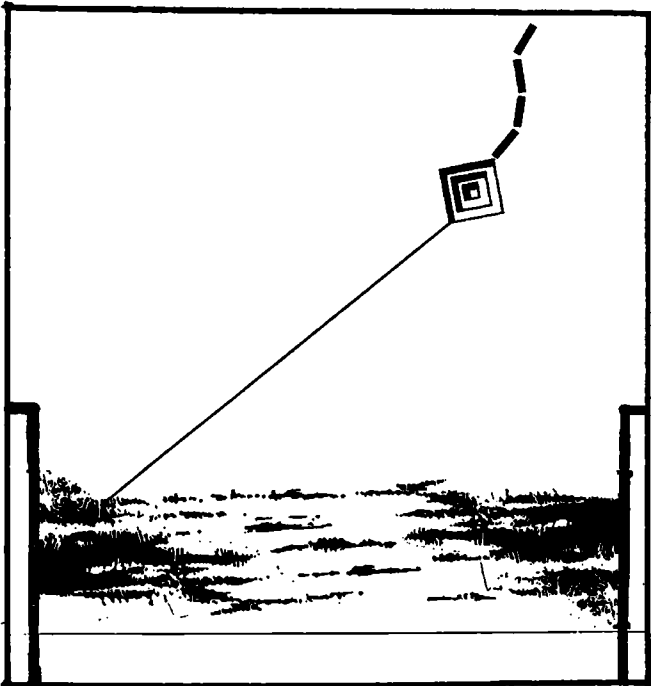
Además la educación parecía significar no sólo un desvanecimiento gradual de los enlaces familiares y de clase, sino también un cambio de identificación racial. El nuevo idioma que yo hablaba fue sólo la razón más obvia de que asociara el salón de clase con la sociedad “gringa”. La sociedad chicana que yo conocía apenas era alfabeta —tanto en inglés como en español— y tan impaciente para una reflexión prolongada o abstracta que yo veía en el ambiente académico un fuerte contraste. El estereotipo de mexicano con una capacidad mental inferior volvía más agudo aún el contraste. (El temor de éste estereotipo ha sido tan hondo que sólo recientemente he estado dispuesto a escuchar a las personas, como D. H. Lawrence, que celebran al mexicano “no-cerebral” como una alternativa al europeo racional y científico.) Debido a que no sabía como distinguir la sana no-racionalidad de la cultura chicana de la incompetencia mental que se le achacaba a los chicanos, me dispuse a abandonar mis habilidades no-mentales para probar la falla del estereotipo de los racistas.

Fui lo suficientemente sabio como para no sentir orgullo por la persona que mi educación ayudó a formar. Yo sabía que la educación me había llevado a repudiar a mi raza. Frecuentemente me clasificaban como pocho, como mexicano con pretensiones gringas no sólo porque no podía hablar el español, sino también porque respondía en inglés con oraciones precisas y cuidadosamente

formuladas. Mis tíos se reían con gusto, pero yo sentía enojo en sus voces. Para mi abuela, mi pariente menos asimilada, los cambios en su nieto desde su entrada a la escuela le molestaban mucho. Hoy sigue siendo una oscura figura crítica y silenciosa en mi memoria, un recuerdo de la herencia mexicano-indígena que de alguna forma mis éxitos escolares han violado.

Sin embargo, me sentía más cómodo leyendo y escribiendo prosa cuidadosa que hablando en una cocina llena de personas escuchándome; me alejaba de las situaciones para reflexionar acerca de su significado en vez de captarlo en el momento. Recuerdo una noche de agosto en que me retiré de una reunión con mis tíos en el patio, entré a una recámara tiernamente iluminada por un sol crepuscular y abrí una novela sobre la vida en Inglaterra durante el siglo XIX. Allí, junto a una ventana abierta, leyendo, apenas tuve conciencia de los sonidos de la risa de afuera.

Con tan pocos compañeros chicanos en la universidad, no tuve oportunidad de desarrollar una conciencia alternativa. Cuando pasaba fines de semana ocasionales enseñando a jóvenes chicanos de la clase baja o cuando hablaba con mozas y sirvientes mexicano-norteamericanos en el *campus* de la universidad, había una especie de simpatía, una certeza —interiorizada fundamentalmente sin embargo— de que nos comprendíamos. Pero yo los veía a todos ellos principalmente como personas de mi pasado. Las sirvientas me recordaban a mis tías (que tuvieron empleos similares); los estu-



diantes a los que yo enseñaba me recordaban a mis primos (que también hablan el inglés con acento de barrio).

Cuando era joven, me enseñaron a hablar de mi herencia en tanto que mexicano-norteamericana. *Chicano* fue una palabra usada entre amigos y parientes. Implicaba una familiaridad basada en experiencias compartidas. Hablando al desgaire, el término fácilmente se volvió un insulto. En 1968 la palabra *chicano* se convirtió en término político. Yo la escuchaba gritada en micrófonos, cuando los grupos del Tercer Mundo militaban por un aumento de representación estudiantil y de profesores en la educación superior. No pasó mucho tiempo sin que yo me volviera chicano ante los ojos de los estudiantes y profesores de Facultad. Mi identidad racial me fue atribuida por las razones más simples: el color de mi piel y mi apellido.

En algunas ocasiones se me pidió explicar mi interés por la literatura inglesa del Renacimiento. Cuando lo hacía, declarando la necesidad de una asimilación cultural en el *campus* de la universidad, mi interlocutor no estaba de acuerdo. Yo sentía dudas por parte de algunos de mis compañeros de grupos minoritarios. Cuando ya no pude imitar la pronunciación española o el dialecto del barrio, cuando resultó claro que no me interesaba vestirme con ropa étnica y no pude dominar un apretón de manos especial que usaban los estudiantes de grupos minoritarios entre sí, supieron que yo era diferente. Y lo era. Fui asimilado a la cultura de un departamento de inglés. Como resultado, vi cómo en menos de cinco años casi todos los graduados de grupos minoritarios que conocía salían de la escuela, principalmente por razones culturales. Muchas veces no entendieron el valor de analizar la literatura en la jerga profesional, que otras personas adoptaron fácilmente. Tampoco se desplazaron prontamente a alturas muy grandes de abstracción. Se deprimieron fácilmente por lo inútiles que les parecían las pláticas que oían a su alrededor. “No es de verdad”, oigo aún murmurar a una alumna de un grupo minoritario, a sí misma y quizá a mí, sacudiendo la cabeza, cuando estábamos sentados juntos en un salón de clase escuchando una discusión sobre la puntuación de un poema épico del Renacimiento.

Sobreviví gracias al acondicionamiento que había realizado hacía mucho tiempo. De hecho, yo prosperé en parte como resultado del movimiento político en favor del aumento de las inscripciones de estudiantes de grupos minoritarios menos asi-

milados que yo, en la educación superior. De repente afluyeron donaciones, becas y ofertas para puestos de profesor.

En 1972 fui a Inglaterra con una beca Fulbright. Esperaba dejar atrás los meses de preocupación sobre mi identidad racial. Quería concentrarme en mi tesis, que no me habían permitido hacer las distracciones del *campus* de la universidad norteamericana. Pero la libertad que yo anticipaba no duró mucho. Apenas un mes después de empezar a trabajar regularmente en el salón de estudio del Museo Británico, me sorprendió, y me dio miedo también, reconocer que yo no estaba a gusto viviendo la vida rarificada del académico. Al crecer mi montón de tarjetas de archivo de investigación, la masa de materiales y opiniones secundarias volvió más difícil para mí decir algo original acerca de mi tema. Cualquier oración que escribía, cualquier pensamiento que tenía, se cargaba tanto con aclaraciones y notas que decía muy poco. Mi beca vino a ser poco más que un ejercicio de precaución. También tuve la sospecha de que aun si lograba escribir cualquier cosa, mi tesis sería poco útil. Abriendo libros tan llenos de polvo que probablemente no habían sido usados en décadas, empecé a dudar del valor de escribir lo que poca gente leería.

Obviamente estaba pasando por la crisis más o menos típica del estudiante graduado norteamericano. Pero con una diferencia: después de haber estado involucrado durante cuatro años en asuntos de identidad racial, ahora veía mis problemas como un erudito, en el contexto de los resultados culturales que habían surgido por mi situación racial. Mucho de lo que faltaba en mi trabajo en el Museo Británico, la cultura de mis padres lo poseía. Ellos eran personas sin miedo de generalizar o de encontrar verdades en sus generalidades. Y lo que era más importante: tenían la capacidad de dar opiniones apasionadas, algo que yo empezaba a dudar que mi tesis me dejara hacer. Tenía que aprender cómo tener confianza en usar "yo" en mis escritos, del mismo modo que ellos confiaban en usarlo en sus pláticas. Así se desarrolló una nostalgia persistente por la misma cultura chicana que yo había abandonado por inútil.

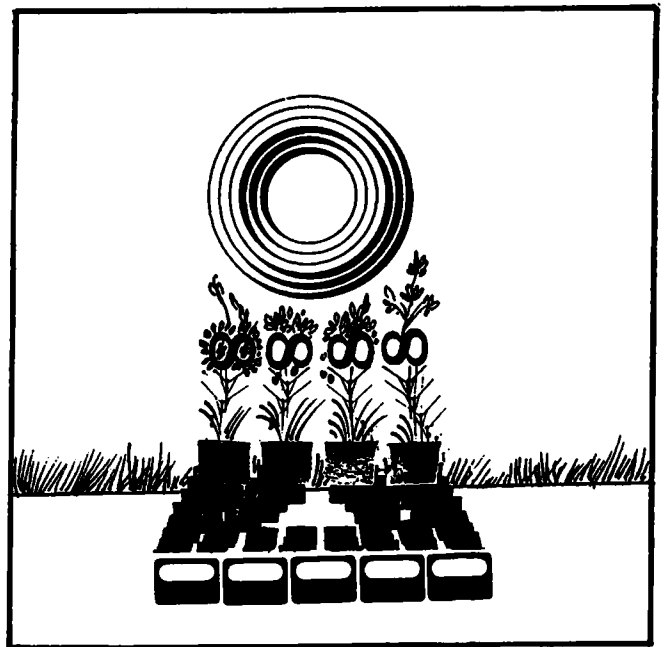
Sensaciones de depresión vinieron ocasionalmente pero con fuerza. Algunos días sentía mi trabajo tan opresivo que tuve que dejar el salón de estudio y pasear por el Museo. Precisamente, una tarde, me encontré en una galería de la parte superior que contenía esculturas mayas y aztecas. Aun ahí el deseo repentino de un pasado chicano me parecía disponible sólo en forma de nostalgia.

Una mañana, mientras leía una autobiografía de un puritano, oí a dos españoles cuchicheando. No entendí lo que dijeron, pero sí percibí el sonido de su español —y me envolvió, llenándome la mente de imágenes giratorias de un pasado abandonado hacía ya mucho tiempo.

Regresé de Inglaterra, desilusionado, varios meses después. Mi tesis iba bien, pero no sabía si la quería presentar. Peor aún, no sabía si quería una carrera dentro de la educación superior. Detestaba la posibilidad de pasar el resto de mi vida en bibliotecas y salones de clase, en contacto con mi pasado sólo a través de los binoculares que la nostalgia suministra.

Sabía que no podía simplemente re-crear una versión de lo que hubiera sido si no hubiese llegado a ser un académico. No había retorno. Pero si quería que sobreviviese la cultura de mi origen, ésta tendría que animar mi trabajo académico. Eso fue lo que aprendí en el Museo Británico.

Francamente, no sé cómo mi autobiografía académica vaya a terminar. A veces pienso que tendré que dejar el *campus* para poder conciliar mi pasado con mi presente. Otras veces, cuando me siento más optimista, pienso que un tipo de reconciliación negativa ya está en proceso, que puedo hacer un uso creativo de mi sentido de pérdida. Por ejemplo, con mi sentido de desdoblamiento entre pasado y presente, puedo, como crítico literario,



identificar asuntos en el Renacimiento pastoral, una literatura que registra los sentimientos de la corte confrontados con alternativas de la vida rural y rústica. Y quizá puedo hablar con sentimientos inhabituales acerca del precio que tenemos que pagar, o que hemos pagado, como una sociedad racional por haber reconocido las fes cartesianas del siglo XVII. De igual modo, gracias a mi sentido de una cultura perdida, puedo posiblemente identificar con más facilidad que otra persona las maneras en que el idioma tiene significado simplemente como sonido y lo que la palabra escrita puede darnos y lo que no. Por lo menos, yo puedo señalar la tendencia de la academia a ignorar las culturas más allá de sus propios horizontes.

Febrero de 1974

En mi entrevista de trabajo el coordinador del departamento ha estado escuchando una versión oral de lo que yo acabo de escribir. Le digo que tenga muy claro el hecho de que no estoy, por el momento, lo suficientemente confiado como para llamarme un chicano. Quizá nunca lo estaré. Pero mientras digo todo esto, veo al entrevistador que sonrío suavemente. ¿Ha oído lo que trato de decir? No sé. Repito: he perdido la habilidad de unir mi pasado con mi presente, no sé cómo ser un lector chicano de Spencer o Shakespeare. Todo lo que queda es un deseo por el pasado. El suspira, preocupado, viendo mis archivos. ¿Me interesaría dar clases en un curso sobre la novela mexicana en transición? ¿Entiendo que esa parte de mis responsabilidades requeriría que yo fuera asesor para estudiantes minoritarios? ¿De qué trataba la tesis que escribí en Inglaterra? ¿Ya leí el libro que trata el mismo tema, que apenas fue publicado este mes?

Atrás del entrevistador una figura toma forma en mi imaginación: mi abuela, su cara solemne y quieta.

"On Becoming a Chicano"
SATURDAY REVIEW, 8 de febrero de 1975

